

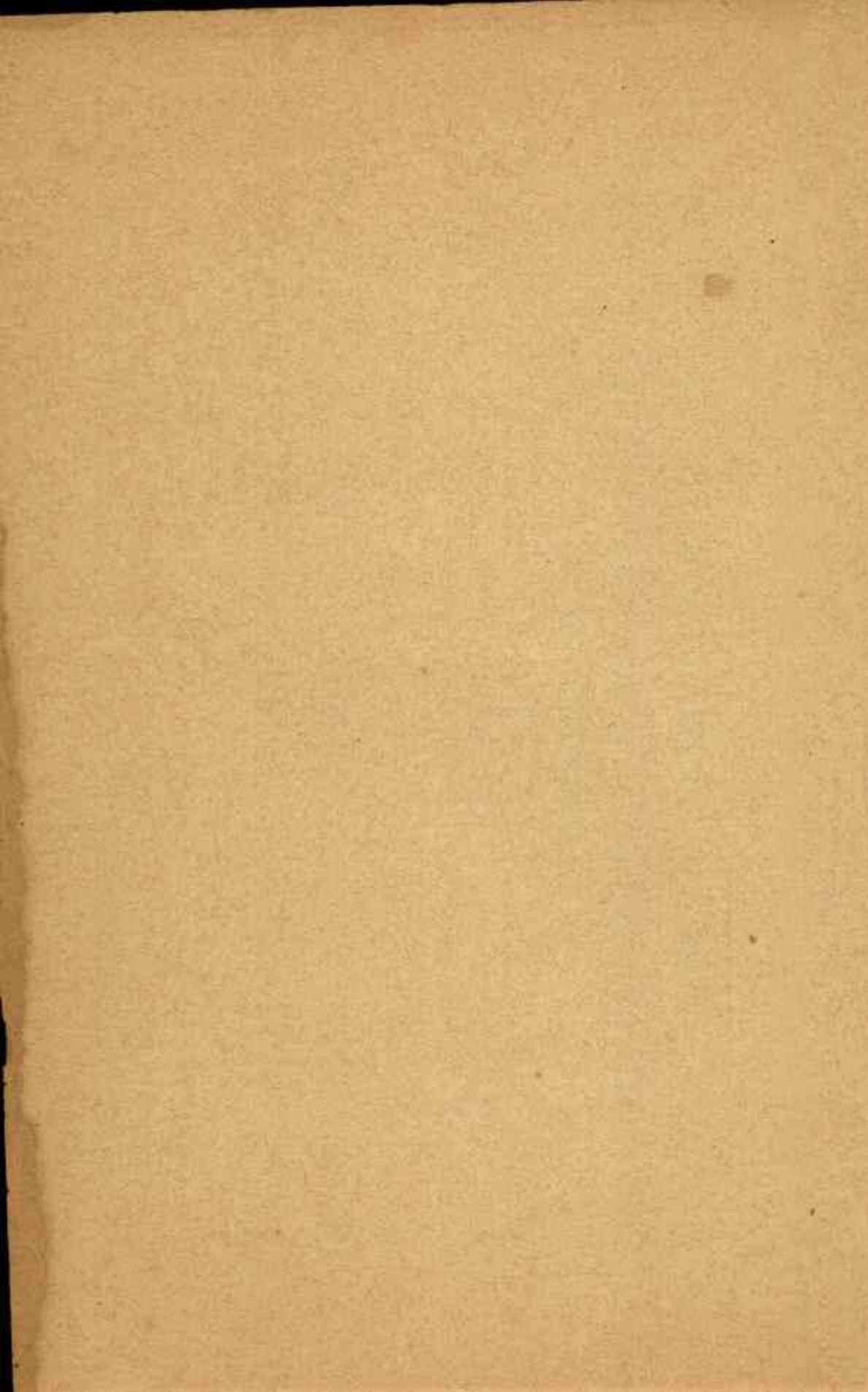
*Anta Fernando de
Cavarré*

DISCURSO

DEL R. P.

FR. AMBROSIO DE VALENCINA

- 926 -



28791

1.000
2462

1
CC
13/29

ESTRAGOS DE LA MALA PRENSA

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

EL R. P. FR. AMBROSIO DE VALENCINA

del Claustro de Doctores del Seminario hispalense,

EL DÍA 25 DE ABRIL DE 1911

EN EL

Certamen Periodístico



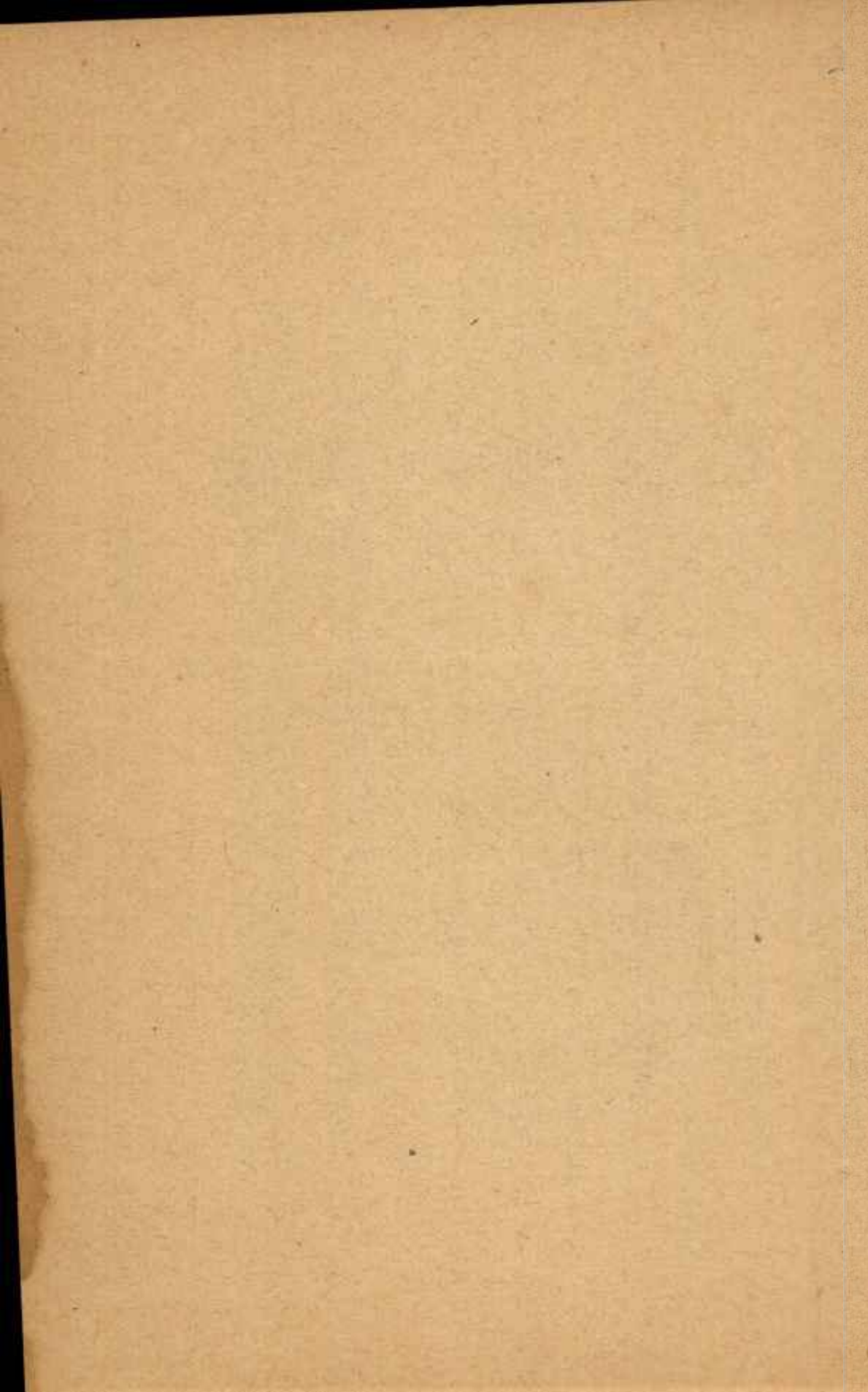
O FIESTA DE LA BUENA PRENSA, QUE CELEBRAN
ANUALMENTE LOS SEMINARISTAS DE SEVILLA, EN EL DÍA DE
SU PATRON SAN ISIDORO

CON CENSURA ECLESIASTICA

POR ENCARGO DE S. E. RMA.

LO EDITA LA SECCIÓN DE PROPAGANDA DE DICHO SEMINARIO

SEVILLA
IMP. DE «EL ADALID SERÁFICO»
1911





*La presencia del orador en la tribuna
fué saludada con una salva de aplausos
atronadores: y así que estos le dejaron
hablar, dirigióse á los seminaristas en
tono festivo, después de saludar á la pre-
sidencia, en la forma que sigue:*

EXCMO. Y RMO. SR: (1) EXCELENCIA ILUSTRÍSIMA: (2)
SEÑORES:

¡Buena la habéis hecho, queridos seminaristas! ¡Buena la habéis hecho, obligándome á ocupar esta tribuna y aplaudiéndome calurosamente antes de empezar! Ignoráis sin duda que los aplausos me aturden, que les tengo miedo; y si habéis aplaudido por animarme, os agradezco la buena intención; pero confesando al mismo tiempo que el efecto en mi ánimo ha sido contraproducente, porque esa ovación inmerecida me ha metido el corazón en un puño y me ha desconcertado de tal suerte, que no sé siquiera lo que he de hacer con esos aplausos que no me pertenecen. Y así ruego á los que tan espontáneamente los han prodigado, que ellos mismos los envíen y ofrezcan al egregio Doctor de las Españas, al glorioso patrón

(1) El Sr. Arzobispo de Sevilla, Dr. D. Enrique Almaráz y Santos.

(2) El Sr. D. Sebastián Léite de Vasconcellos, Obispo de Beja, (Portugal.)

de este Seminario, al gran San Isidoro de Sevilla, representado aquí en su digno sucesor, nuestro amadísimo Prelado, que con paternal afecto preside esta velada, juntamente con ese venerable Obispo, desterrado de su patria. Ambos á la vez, el uno por lo que representa y el otro porque ha padecido persecución por la causa de Cristo, son los que tienen derecho á vuestros aplausos. (*Ovación cariñosísima á los dos Prelados.*)

Hecho este ruego que con tanta galantería habéis atendido, prosigo por donde iba á comenzar, dirigiendo á mis queridos seminaristas este saludo esencialmente *clerical*. *Dóminus vobiscum!* Es esta, señores, una salutación genuinamente eclesiástica, y como tal, hermosísima, llena de sabiduría, y con virtud sobrada para poner mohinos y cariacontecidos á todos los *anticlericales*, enemigos siempre de la Iglesia, por más que alguna vez aparenten lo contrario por bien parecer, ó por cazar incautos. *Dóminus vobiscum!* Que el Señor sea con vosotros, jóvenes levitas; sea en vuestras almas para santificarlas; en vuestros corazones para poseerlos, en vuestras inteligencias para ilustrarlas, en vuestros proyectos contra la *mala prensa* para perfeccionarlos, y en vuestros trabajos á favor de la buena, para bendecirlos y darles incremento.

Con Dios lo podemos todo, sin El no podemos nada, y por eso he comenzado, pidiéndole que sea con vosotros, para que aumente el fruto de vuestros sudores y multiplique los triunfos de la *Sección de Propaganda*, que á fuerza de sacrificios y de trabajos ha conquistado ya, para sí y para este Seminario hispalense, un nombre glorioso, no sólo en España, sino en varias naciones de Europa y en



casi todas las de la América latina. (*Aplausos generales iniciados por el Prelado portugués.*) De esos fructíferos trabajos hablan muy alto en chispeantes artículos vuestras hojas de propaganda, *Ora et Labora*, *La Palestra*, *El Almanaque de la Prensa Católica*; y, entre otras mil obras que podríamos citar, este *Certamen Periodístico* de cada año con sus múltiples y variados premios, y esta especie de *juegos florales* ó fiesta anual de la *Buena Prensa*, que estamos celebrando.

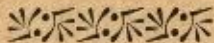
En ella, señores, debe resonar hoy la trompa bélica, llamando á combate; porque estamos en días de tremendas luchas en los que precisa despertar á los dormidos, animar á los pusilánimes, esforzar á los tímidos, entusiasmar á los valientes y lanzarlos á todos, como ejército aguerrido, contra las filas enemigas, contra esa prensa maldita, aborto del infierno, que está minando los fundamentos de la sociedad, destruyendo la Religión, acabando con la piedad en el seno de las familias cristianas, corrompiendo á la juventud, envenenando inteligencias infantiles, pervirtiendo corazones inocentes y manchando con su impuro aliento y asquerosa baba todo lo que á su paso encuentra. (*Aplausos.*)

Plan y división

Al levantar bandera contra esa hueste diabólica, el lema de nuestra enseña no puede ser más que éste: ¡Guerra á la prensa impía y sectaria que combate lo que más amamos en este mundo! ¡Guerra sin cuartel á la prensa

sicalíptica y obscena que causa enormes daños en las almas redimidas por Cristo! ¡Guerra á la prensa liberal que ha envilecido á nuestra querida España, nación católica por excelencia! ¡Guerra y exterminio á la prensa anticlerical que pretende acabar con el clero secular y regular, para acabar después con la Iglesia, si le fuera posible! Y en estos gritos de guerra queda enunciado el asunto, y dividido el plan de este discurso sobre *los estragos de la mala prensa*.

La *mala prensa* reviste caracteres muy varios, se adapta, como el error, á todas las formas posibles, se diversifica en distintas familias de la misma especie, y por eso, para mayor claridad, voy á reducirla á los grupos siguientes: Primero, la prensa impía, sectaria y blasfema: segundo, la pornográfica, obscena é inmoral: tercero, la liberal y contemporizadora; cuarto, la clerófoba ó *anticlerical*. A la primera debemos hacerle guerra por los estragos tan espantosos que ha hecho en la fé y en la piedad del pueblo cristiano; á la segunda por el daño tan horrible que causa en la sociedad; á la tercera por lo que ha deshonorado y envilecido á nuestra querida patria; y á la cuarta porque, si no acabamos con la prensa *anticlerical*, ella acabará con el clero. Trazado así el plan del discurso, sólo me resta encomendarme á la benevolencia de esta asamblea respetabilísima, para dar principio á la exposición del primer punto.





Prensa sectaria ó bestia apocalíptica

En la *mala prensa* ocupa el primer lugar sin duda alguna la prensa atea, la masónica, la impía, la sectaria, la librepensadora, la que blasfema de Dios, aborrece á Jesucristo, escarnece sus dogmas, persigue á su Iglesia, se burla de su doctrina, ataca al pontificado, y con odio satánico quiere acabar en la tierra con cuanto huele á cristiano. Esta prensa blasfemadora y enemiga del Altísimo la veo figurada en aquella bestia del Apocalipsis, de la cual dice el vidente de Patmos que tiene siete cabezas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemias. A esa bestia monstruosa añade el sagrado texto (1) que le ha comunicado el *dragón infernal todo su poder y grande fuerza*, su astucia y malas artes, para dañar á la Iglesia: le ha dado labios de tinta, lengua de papel y boca de réprobo, que vomita blasfemias y se desata en improperios y contumelias contra todo lo sagrado, abominando de Dios, injuriando su nombre santísimo, escupiendo á su tabernáculo, escarneciendo á la virtud, aborreciendo á los que la practican, y al cielo mismo.

Esa fiera apocalíptica, ó prensa endemoniada, con rabia de energúmeno levanta al cielo sus gritos estridentes contra todo lo divino, y derrama sobre los pueblos sencillos espesa lluvia de errores que ennegrecen á las almas é inculca en ellas los odios más feroces y el más brutal y degradante materialismo. Esa aborrecida prensa tie-

(1) Apoc. XIII.

ne hoy en su poder las llaves del pozo del abismo, (1) del abismo de la maldad y del abismo del error; y de esos dos abismos hace subir continuamente sobre la tierra el odio, la heregía, la blasfemia, la mentira, el vicio, la calumnia, la duda, la negación, y el sofisma que ciega y pervierte á muchas inteligencias. El demonio ha convertido á esa prensa demoledora y herética en lazo de perdición y en piedra de escándalo para todos los mortales, con el único y malvado intento de perderlos y de exterminar en ellos el germen de todo lo sobrenatural y divino; que no sin causa el ángel maldito que la inspira y la dirige se llama en las sagradas letras *Abaddon*, es decir, perdición y exterminio. (2) (*Atención profunda.*)

Es menester, señores, estar ciego ó cerrar los ojos voluntariamente para no ver con toda evidencia que ese *Abaddon*, ese espíritu maléfico, anda hoy encarnado en corazones podridos, en almas sin conciencia, en plumas mercenarias, vendidas al oro judío, y sobre todo, en papeles sectarios, cuyo ideal, á todas luces satánico, es desterrar á Cristo de la sociedad, arrojarlo del seno de las familias, arrancar de estas toda virtud, embriagarlas con el breva de todas las rebeldías y hundirlas en la ciénaga de todos los vicios. Con este fin inventa la novela impía, el folleto sectario, el artículo blasfemo, el chiste volteriano, el libro herético, la hojita clerófoba y el periódico luciferino, que en alas del viento van por todas partes, predicando la rebelión contra Dios, la guerra contra su Cristo y el exterminio de su Iglesia.

(1) Apoc. IX.

(2) Apoc. IX, 11.



Y nosotros, hijos de esa Iglesia católica; nosotros, redimidos con la sangre de Jesucristo; nosotros, hijos de ese Dios perseguido y blasfemado por la prensa impía, ¿no hemos de volver por el honor de nuestro Dios ultrajado? ¿No hemos de dar la cara por Cristo? ¿No hemos de defender á nuestra Madre ofendida? ¿Vamos á cruzarnos de brazos, cuando tratan de exterminar lo que más amamos sobre la tierra? ¡No, y mil veces no! Arde en nosotros el celo por la gloria de Dios ofendido; devora á nuestras almas el ardor que consumía la del profeta Elías, y clamamos con él: (1) *¡Baje fuego del cielo sobre tí y te consuma, prensa blasfema!* ¡Nosotros, en nombre de ese Dios á quien ultrajas, te declaramos guerra á muerte! ¡Guerra y persecución á esa bestia apocalíptica! ¡Guerra sin cuartel á la prensa sectaria! (*Grandes aplausos.*)

Esas bestias descritas por San Juan tienen ferocidad de leopardo, (2) astucia de oso, rugidos de león é instintos de tigre. Está sedienta de sangre cristiana y sueña con destrozarse á la Iglesia, devorar á sus ministros y acabar con el nombre de Dios sobre la faz de la tierra. Oculta en su guarida, acecha el momento de exterminar á la Iglesia, y como vé que no llega, ruje desaforadamente por boca de mil periódicos impíos contra la divinidad, contra el cielo, contra Jesucristo, contra los derechos de la Iglesia,

(5) Apoc. XIII,

contra el Papa, contra el dogma católico, contra el episcopado, contra el clero, contra las órdenes religiosas, contra los ángeles de caridad que visten toca, y contra todo lo que tenga sabor ó aspecto cristiano. Y como ese monstruo sanguinario no piensa más que en la matanza y el incendio, sus órganos en la prensa excitan á las turbas, por ellos fanatizadas, á quemar conventos, degollar frailes, matar curas, apedrear palacios episcopales, incendiar templos, violar á las vírgenes del Señor, profanar á las esposas de Cristo, señalando con persistencia diabólica los lugares que habitan, y la manera de asaltarlos, y el modo de emplear pronto y eficazmente contra ellos la tea, la dinamita, la piqueta y el puñal, el día en que la autoridad sea débil, ó complaciente con la anarquía triunfante y la deje saciar sus feroces instintos. Ese y no otro es el plan satánico de la prensa sectaria y á ese blanco van todos sus tiros, porque no desea otra cosa que borrar de la tierra la memoria de Cristo y de todo lo cristiano. (*Se redobla la atención.*)

Tal vez, señores, la afirmación de que esa prensa intenta acabar con la memoria de Cristo y de todo lo cristiano, parezca exagerada á los que no conozcan en todo su horror el odio que ella profesa á nuestro divino Redentor; y por eso no estará de sobra confirmar esa triste verdad con textos y recortes de los mismos periódicos sectarios. Oid, señores, cómo se expresaba tiempos atrás uno de Madrid, cuyo nombre omito, porque no le sirva de reclamo: *Queremos la expulsión de los monacales, la libertad de cultos disidentes, el cierre de los conventos, el derribo de las Iglesias, la apertura de templos protestantes, la clausu-*

ra de los seminarios, la supresión de los periódicos del género carlo-alfonsino-papista, la cárcel y la emigración de todos los grandes neos y reaccionarios. ¿Lo habéis oído? Derribos, cárceles, destierros, incendios y matanza: todo eso encierra en sí el programa satánico, brutal, sangriento, tirano y bestial de la prensa blasfema y sectaria: ¿Difiere mucho ese programa del inventado por Calígula, Nerón, ó Diocleciano? ¿Y tienen valor para llamarse amantes de la libertad los hombres que escriben ese programa y los periódicos que lo publican? ¿Y nos llaman retrógados, y tienen cinismo bastante para alardear de progresistas los que pretenden volver á los tiempos de Nerón y retroceder en la historia de la humanidad la friolera de mil y quinientos años? (Aplausos ensordecedores.)

¡Pero aún, señores, hay más! Escuchad esta salvaje excitación de *El Progreso* de Barcelona á la juventud rebelde: *Jóvenes bárbaros de hoy, entrad á saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas á la categoría de madres, para virilizar la especie: penetrad en los registros de la propiedad y haced hogueras con sus papeles... No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares...! Hay que destruir la Iglesia...! Luchad! matad! etc.* Recordad ahora la realización de ese programa en la horrorosa escena de la *semana trágica* con sus crímenes incontables, de sacerdotes acuchillados, religiosos perseguidos, sepulcros profanados, momias arrastradas, conventos saqueados, Iglesias incendiadas, curas y religiosos cazados á tiros; y decidme luego si esa bestia apocalíptica no trata de devorar á la raza de los

hijos de Dios, para que no quede ni un cristiano sobre la tierra. (*Muestras de aprobación.*)

Programa satánico

Por lo que mira á Cristo, señores, una hoja infame subscrita por un intelectual francés, dejándose de hipocresías y tirando la careta de una vez, suelta entre mil enormidades las blasfemias demoniacas que siguen: *Hay que arrojar á Cristo de la escuela y de la sociedad! Ha llegado la hora de arrancar del alma de los niños la antigua fé y sustituirla por el libre pensamiento. Hay que arrojar á Cristo del ejército, de la marina, de las escuelas, de los hospitales, de los asilos de huérfanos, de los tribunales de justicia, y por último del estado.* Esto busca, esto pretende el espíritu del mal, encarnado en corazones podridos y en la prensa blasfema: echar á Cristo del ejército y de la marina, para que el soldado cristiano viva y muera como las bestias del campo: echarlo de la escuela, para que no dirija los pasos del niño inocente sobre la tierra: echarlo del hospital, para que no consuele las amarguras del pobre moribundo: echarlo de los tribunales de justicia, para que no presida la rectitud de los jueces ni dé esperanza de perdón á los reos; echarlo del estado y de todas partes, para que no alivie los trabajos y fatigas del hombre desterrado en este valle de lágrimas. La guerra es á Cristo, y nosotros redimidos con su sangre divina, debemos contestar á la guerra con la guerra, y hemos de pelear, porque reine en el ejército, en la marina, en las escuelas, en los talleres, en los hospitales, en los asilos, en los tribunales,

en la familia, en el estado y en la sociedad, aunque sea á costa de nuestra propia vida. (*¡Bravo! ¡Muy bien!*)

En lo que toca á nuestra patria, no ignoráis, señores, que hay hombres y periódicos tan insensatos, que han llegado al paroxismo de la insensatez, declarándose enemigos de Jesucristo. Y un día es *El Pueblo* de Valencia el que dice que no se trata solo de acabar con los jesuitas, sino también con *Jesús*; y otro día es *El Progreso* de Madrid el que tiene la osadía de repetir que *no se trata solamente de secularizar la sociedad, sino de suprimir á Dios!!* ¿Está claro, señores? La prensa sectaria con saña diabólica declara la guerra á Dios, blasfema su santo nombre, persigue á la Iglesia y quiere acabar con Cristo. Y nosotros, ¿vamos á consentir que esa hueste maldita destruya nuestra Religión sacrosanta y encima nos escupa á la cara por cobardes y traidores? Ella nos tira el guante; ¿y nosotros no hemos de recogerlo y presentar batalla á ese enemigo que quiere acabar á todo trance con la Iglesia nuestra Madre? Ellos tratan de arrancar las creencias católicas del corazón del pueblo, quemar templos, asesinar sacerdotes y desterrar á todo el que confiese á Jesucristo; y nosotros, valientes camaradas, ¿vamos á tolerar que se atropellen de esa manera nuestros derechos y nos reduzcan á vergonzosa esclavitud? ¡No! antes morir gloriosa muerte en los campos de batallas, peleando por Dios, por Cristo, y por su Iglesia! ¡Guerra, pues, á esos demonios, encarnados en hojas de papel sectario, que deshonoran á España con sus blasfemias é impiedades! ¡Guerra á esos periódicos impíos que pretenden, aunque en vano, echar á Cristo de la sociedad! (*Ovación delirante.*)

Prensa sicalíptica

Y ahora pasemos á otro punto.

Si en la *prensa mala* ocupa el primer lugar la impía y sectaria que combate á Jesucristo, el segundo le pertenece por derecho propio á la prensa obscena, sicalíptica, é immoral, que causa estragos inmensos en los individuos, en la familia y en la sociedad. Tended la vista, señores, por la tierra cuán grande es, y la veréis ardiendo en el fuego de todas las concupiscencias, y en las abominables llamas de la lujuria, merced á esa prensa lasciva que se ha convertido en sentina de vicios, en propagadora de una inmoralidad asqueante que todo lo contagia con su aliento emponzoñado.

Cuando observo el grado de perversión á que ha llegado, por culpa de ella, el sentido moral en nuestros días; cuando veo sumida la juventud en el más degradante sensualismo, y la corrupción reinando públicamente sobre las muchedumbres envilecidas por el vicio; me dan ganas de levantar los ojos al cielo y pedir un castigo tremendo que purifique la corrompida atmósfera social, ya que las autoridades no se cuidan de barrer y quitar de en medio tanta basura y tanta inmoralidad como ofende nuestra vista. (*Sensación profunda.*)

Para que los pueblos no queden envueltos en esos montones de inmundicia, es preciso que venga cuanto antes, del cielo ó de la tierra, la potente escoba que barra tanta suciedad, tanta indecencia, tanta deshonestidad, tanto cinismo, tanta desvergüenza, tanta lujuria, tanta lascivia, tanta pornografía y tanta sicalipsis como derra-

ma diariamente la prensa obscena por calles y plazas. Llegó ya á tal extremo, que la ola nauseabunda de la lujuria lo mancha todo; el virus de la corrupción ha invadido ya á todas las clases sociales; en todas partes donde uno pone el pié siente los efectos de ese lodo inmundo; y por donde quiera que vamos percibe nuestro olfato el pestífero vaho que dan de sí las fétidas emanaciones de la prensa sicalíptica.

El nombre de esa prensa es legión y los medios de que se vale para sus depravados fines son incontables. El chiste soéz, el cuento verde, el artículo intencionado, la revista pornográfica, el libro impúdico, el grabado indecentísimo, la novela asquerosa, la zarzuela inmoral, el teatro corruptor, la comedia encanallada, el cinematógrafo desvergonzado, la función para hombres solos, la hojita plagada de inmundicias, las publicaciones que proclaman el amor libre ó la unión *á lo perro*, los anuncios sicalípticos que llenan los kioscos de muchas plazas, los escaparates de muchas tiendas, las planas de muchos periódicos, los muros de muchas calles y las paredes de muchas casas; todo eso, señores, y mucho más que no me atrevo á decir, está convirtiendo á la sociedad en un burdel inmenso donde se pisotea la nobleza del hombre y la dignidad de la mujer, rebajada ya hoy á una degradación inconcebible (*Emoción en los oyentes.*)

Degradación espantosa

De ese rebajamiento moral dan una triste idea esas desgraciadas víctimas del vicio que de noche y de día llenan las calles y las plazas, los teatros y los cafés, los pa-

seos y los casinos, solicitando á los transeuntes é invitándolos á pecar con tal descoco y tanta impudencia, como si llevaran en su pecho al cínico Asmodeo, demonio de la impureza, embrutecedor y envilecido. De esa degradación social á que se ha llegado dan elocuentes pruebas esa multitud de enfermos sifilíticos que se amontonan en los hospitales; esos cadáveres ambulantes que cruzan por delante de nosotros, con los ojos hundidos, el rostro pálido, el andar vacilante y envejecidos en la flor de la edad por los estragos que hace en ellos la lujuria; esas turbas de hombres encenagados en el vicio que no saben desplegar sus labios sin soltar una desvergüenza capaz de enrojecer á un guardacantón; y por último, prueban la abyección á que ha llegado la sociedad ciertas exhibiciones sicalípticas que se anuncian públicamente, á las que acuden, como bandadas de buitres á la carne podrida, seres degradados de toda clase, edad, sexo y condición, que de la torpeza se alimentan. ¡Oh! ¡venga! venga cuanto antes la escoba de la autoridad á barrer tanta inmundicia; porque, si no viene, vendrá el azote de Dios, el fuego del cielo, á quemar y cauterizar la carne gangrenada de la humanidad, esa carne que como en los tiempos del diluvio ha corrompido sus caminos sobre la tierra! (*Aplausos estrepitosos.*)

Horroriza, señores, horroriza pensar de qué modo impera en el mundo la obscenidad más espantosa. Ella pasea en triunfo por doquier, se exhibe á todas horas y en todas partes; y la prensa lúbrica la ha convertido en materia de explotación, en artículo de comercio y en fuente de ingresos, envenenando á la sociedad con su pútrida

mercancía, embruteciendo al hombre y anegándolo en la charca de todas las impurezas. Ella es la culpable de que muchos seres humanos vivan hoy como si fueran bestias, sin tener cuenta con más ley que la de sus viciados instintos, ó apetitos brutales. Y ese embrutecimiento de la humanidad entregada á tales apetitos, bien merece que venga sobre esa generación corrompida y sobre la prensa impura que así la ha puesto el fuego que devoró á Sodoma y Gomorra.

En vista de esos estragos que causa, urge, señores, combatir á sangre y fuego, en público y en privado, de día y de noche, á todas horas y en todas partes, con la palabra y con las obras, á esa feísima y asquerosísima prensa obscena, reduciendo á ceniza todo lo perteneciente á ella que caiga en nuestras manos. Ella es la gran ramera que, en frase de libros santos, (1) embriaga á los moradores de la tierra con el vino de su abominación, que en dorada copa brinda á la juventud incauta: ella es la gran meretríz que acoge en sus columnas á todo espíritu inmundo, y dá albergue á toda ave sucia ó abominable: (2) y es menester cazar á esas aves de mal agüero, coger con tenazas, para no mancharnos las manos, toda producción de esa prensa libidinosa, todo reclamo de esa nefanda ramera, y echarlo al fuego, y gozarnos en verlo arder y crepitar sobre las ascuas. Esta es una obra digna de todo el que se precie de católico, y para que vosotros, queridos seminaristas, os animéis á practicarla en tiempo de vacaciones, quiero

(1) Apoc. XVII.

(2) Apoc. XVIII.

recordar aquí una parábola de Jesucristo que encaja bien en el asunto.

Parábola del sembrador

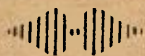
Hubo un labrador que sembró en su campo buena semilla, y mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña y se fué. Cuando creció el trigo, apareció también la cizaña, y al verla los operarios, le preguntaron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues, ¿cómo tiene cizaña? Y él respondió: Mi enemigo ha hecho eso.—¿Quiere que vayamos y la arranquemos?— ¡No! no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo. Dejad crecer ambas cosas, y cuando llegue el tiempo de la siega, diré á mis segadores: Cojed primero la cizaña para echarla al fuego, y luego el trigo para llevarlo á mi granero.

No ignoro la explicación que el mismo Cristo hizo de esta parábola, ni de qué modo la interpretan los santos Padres; más contrayéndola y aplicándola á nuestro asunto, os diré que la buena semilla es la doctrina católica, el campo es la feligresía, y el sembrador es el buen párroco que continuamente está predicando la palabra divina, é inculcando al pueblo las buenas costumbres y pureza de vida; pero mientras él duerme ó descansa, el enemigo infernal con arte diabólica arroja sobre su campo la cizaña de la mala prensa, de la prensa impía y obscena que lleva en sus columnas el virus de la impiedad, el fermento de todos los vicios, la aversión á todo lo bueno y el ger-

men de todo lo malo. Y como esta maldita cizaña ha llegado á su apogeo y está siempre en sazón, no tenéis ni siquiera que preguntar lo que habéis de hacer con ella, porque vosotros sois los segadores á quienes dice el divino Labrador: *Colligite zizaniam ad comburendum!* (1) Coged la cizaña y echadla al fuego! Coged el novelucho obsceno, y á la hoguera con él! Buscad los grabados deshonestos, y al fuego con ellos! Recoged el folleto inmoral ó el libro pornográfico, y á las llamas con él! Arrebatad de las manos inocentes del niño la hoja infame que trata de corromperlo, y al fuego con esa cizaña maldita, hasta que arda y no quede rastro de ella en el campo católico! Así, señores, así hay que acabar con la prensa sicalíptica, afrenta de la sociedad que en su seno la tolera! (*Nuevos aplausos.*)

Y sin detenerme más en este punto, voy á decir algo sobre la prensa liberal.

(1) Matth. XIII, 30.



Prensa liberal

El liberalismo, señores es una herejía condenada por la Iglesia, y toda la prensa liberal, de cualquier grado y matiz que sea, participa en mayor ó menor escala de esa herejía, lo cual basta y sobra para que los católicos la miren como prensa heterodoxa y enemiga. Todas sus publicaciones defienden las libertades de perdición anatematizadas por la Iglesia, pero no todas lo hacen de la misma suerte. Una parte de ella es franca ó rabiosamente liberal, y de eso hace gala y alarde; la otra lo es disimuladamente, y tal vez sea esta la que mayores daños cause en el pueblo cristiano. La primera se da la mano con la prensa impía, y solamente la leen los que hacen profesión de impiedad, absteniéndose de leerla los que aún conservan un poco de sentimiento religioso en el fondo del alma; mas la segunda, como disimula su veneno, y no ataca directamente á la fé y buenas costumbres, ni difunde abiertamente el error, sino de un modo paliado y oculto, se introduce más fácilmente en los hogares cristianos, donde causa funestos estragos.

(El orador mira el reloj, hace un gesto significativo y añade:) Por lo avanzado de la hora voy á omitir algo de lo que pensaba decir sobre la prensa liberal, para que esta conferencia no resulte demasiado *lata*. *(Voces en todo el salón: No! ¡que no omita nada! ¡que lo diga todo!)* Bueno! pues, ya que lo queréis, tened paciencia y lo diré con la mayor brevedad que me sea posible.

Su falta de lógica

O la prensa liberal está falta de criterio y de razón, ó es la más ilógica, la más absurda, y más contradictoria que se publica. Su dogma fundamental es la libertad de imprenta, la libre emisión de todas las ideas por demoleadoras, subversivas ó anárquicas que sean; y cuando estas ideas demagógicas dan su fruto natural y necesario, en hecatombes como las de Barcelona ó la de la calle Mayor de Madrid, se pone las manos en la cabeza llena de espanto, rasga sus vestiduras y pide á los gobiernos que eviten esos crímenes, afrenta de la humanidad. Para evitarlos, no hay más remedio que prohibir y coartar la propaganda de las ideas anárquicas, y apenas huele que se trata de eso, grita aun más desaforadamente, pidiendo la libre emisión de esas ideas; lo que equivale á pedir la libertad de la víbora para morder, ó la del perro hidrófobo para clavar el diente. Y decidme, señores; ¿qué hombre en sano juicio proclamó nunca la libertad del perro hidrófobo para morder ó de la víbora para picar? Y como esto es lo que hace la prensa liberal, deduzco que está rematadamente loca, ó que es la más ilógica, la más absurda, y la más contradictoria que se conoce. Los estragos que por esta razón causa en sus lectores no son para dichos, porque lo menos que puede hacer en ellos es enseñarlos á discurrir contra las leyes de la lógica; es decir, á perder el sentido común; y así anda el mundo, ese mundo que no discurre por cuenta propia, sino por lo que el periódico le dice: (*Risas y muchos bravos.*)

Disimulo hipócrita

Pues, con ser tan graves estos daños, todavía son más terribles los efectos de la prensa liberal hipócrita y solapada. Esta cuida con esmero de no aparecer al público tal como es, errónea, dañosa y perjudicial: se engalana pomposamente con el ropaje de la verdad, del progreso, de la moral, de la civilización y adelantos modernos; y aparece tan fantástica y encantadora, que apenas hay quien no la mire con buenos ojos. Al verla con ese difraz tan deslumbrador como hipócrita, le dan entrada en su casa muchos católicos sin reparar que *latet anguis sub herba*; que bajo la yerva está escondida muchas veces la víbora del error que le muerde en el alma, y emponzoña con mortífero veneno á toda su familia. ¡Qué estragos tan horrendos ha hecho en el pueblo cristiano esa prensa liberal, hipócrita y disimulada que todo lo mistifica!

Vestida hasta con capa de religión y de catolicismo, se introduce á la sordina en las casas de los católicos, en sus escritorios, en sus despachos, en sus juntas, en sus círculos, en sus reuniones, y ¡hasta en las Iglesias y sacristías!, donde cuenta mentiras revueltas con verdades, relata un acto de virtud entre dos sueltos de la crónica escandalosa, describe una función de Iglesia como una de teatro inmoral, alaba el sermón apostólico, como la conferencia atea, da cuenta de una asamblea sacerdotal como de los acuerdos blasfemos de un centro anarquista, haciendo una mezcolanza de bueno y malo, que seduce á muchos de los que pertenecen al número de *los incontables*. Como el fin principal de esta prensa suele ser el ne-

gocio, el lucro, (si es que no se propone algo peor,) da entrada en sus columnas á todo lo que le aprovecha ó le engorda. Quiere comer con todos y por eso pretende dar gusto á todos; á los políticos con algo de política, á los piadosos con algo de piedad, á los curiosos con noticias, á los incrédulos con despreocupaciones, á los livianos con algo de liviandad, y si tuviera lectores protestantes, echaría de vez en cuando su poquito de incienso á Lutero y á Calvino. (*Risas.*)

Esta prensa, la más dañina de todas, baila al son que le tocan, entra con todas, como la romana del infierno, lo mismo enciende una vela á San Miguel que al diablo, y de igual modo inserta en sus columnas la esquela mortuoria, pidiendo sufragios para un difunto, que el anuncio del libro materialista en que se niega la inmortalidad del alma. Por esto mismo es la más perniciosa y la que más daño hace porque engaña á los católicos, ya con pujos de imparcialidad, ya de catolicismo, y son pocos los que se guardan de leerla, y muchos los que contribuyen con cinco céntimos diarios á darle vida. ¡Dios mío! ¿los católicos sosteniendo con su dinero á la prensa liberal y vividora? ¿Dónde, señores, ha ido á parar el sentido común? Sentido cristiano, ¿dónde estás? Si alguien lo ve por ahí, memorias de mi parte, y que deseo verlo cuanto antes presidiendo las acciones de los buenos (*¡Más risas y muy bien!*)

Estragos del liberalismo

Entre los males causados por la prensa liberal en nuestra patria debemos contar el falseamiento del carac-

ter español, el enervamiento de sus indomables energías, la pérdida de su fe y de su preponderancia en el mundo. Cuando en la *guerra de la independencia* derrotamos á Napoleón, aun pesaba en el concierto de las naciones el nombre de España, porque el pueblo conservaba su fe y con ella su carácter y energías religiosas; pero el liberalismo se entronizó en las *Cortes de Cádiz*, y la prensa liberal comenzó á dar sus frutos; se propagó el indiferentismo, disminuyó la fe, se fué extinguiendo el patriotismo cristiano, y á fuerza de rodar por esa pendiente, empujada por la prensa liberal, ha llegado la pobre España al abismo en que se halla. España debió su nacionalidad á la fe de Cristo, su grandeza incomparable á la unidad religiosa, y su carácter cristiano é indomable á siete siglos de luchas con los enemigos de la Cruz. Aquella España católica llenó el mundo con la fama de su nombre, venció en Lepanto, triunfó en Pavía, fué la dueña de los mares, ostentó en su frente la corona de dos mundos, y paseó triunfante por el Orbe su bandera gloriosísima. De aquella España católica se ha podido cantar sin *exageración*

Que de su gigante gloria
no cabe el rayo fecundo
ni en los ámbitos del mundo
ni en el libro de la historia.

(*Aplausos entusiastas.*)

En cambio la España de hoy, la liberal, ha reducido aquéllas glorias á su mínima expresión, y ha perdido toda la grandeza que le dió la fe católica. Cuando la herejía liberal levantó cabeza al principio del siglo pasado,

aun era nuestro lo que es hoy república de Méjico, la de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua, Costa-Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, El Ecuador, El Perú, Bolivia, Chile, la Argentina, Urugüay, Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, Carolinas, y Palaos; y al finalizar dicho siglo, todo eso lo había perdido el liberalismo, y con eso las riquezas y la honra de la gran nación española, empobrecida, desangrada y envilecida por la prensa liberal, autora de todos nuestros desastres coloniales. Ella, sentada sobre ese informe montón de ruinas colosales, puede exclamar: ¡Esta es mi obra! la obra de un siglo empleado en predicar y difundir el liberalismo! (*Ruidosa ovación*)

Basta fijar la vista en los estragos causados por la prensa liberal, para abominar de ella, como católicos y como españoles, por haber deshonrado á la madre patria. Por eso toda la guerra que se le haga será poca, como poca será también toda la protección que dispensemos á la prensa antiliberal y genuinamente católica. Contentaos con esto, y paso á decir en último término y con mucha brevedad algo de la prensa clerófoba.



Prensa anticlerical

Tomando un poco de la prensa liberal, mucho de la pornográfica y casi todo lo de la impía y blasfema, se forma la prensa clerófoba y anticlerical, cuyas infames campañas tienen por objeto deshonar al clero, destruir al clero, acabar con el clero, para acabar después con la Iglesia, si esto pudiera ser. Ese y no otro es el fin que se proponen esas *kábilas rotativas*, traficantes en calumnias que, sirviéndose de la mentira, arrojan á la fiera popular la honra de Obispos y sacerdotes, de monjas y religiosos, para agitar la opinión, excitar los ánimos y azuzar á las turbas contra cosas y personas eclesiásticas. Penetrad en el fondo de toda campaña rotativa contra el clero, y veréis allí la vil calumnia, el malvado intento de infamar y echar lodo sobre el honor del sacerdocio. Pues bien; ó el clero acaba con esa prensa anticlerical, ó la prensa anticlerical acabará con el clero. O se persigue y desenmascara á esa prensa calumniadora, ó las calumnias de esa prensa sepultarán nuestra honra en montones de cieno. O arrojamos á la *mala prensa* fuera del hogar cristiano, ó ella nos arrojará á nosotros de nuestras Iglesias, como ha hecho con el clero francés; si es que se contenta con eso y no nos envía al ostracismo, al destierro, como ha hecho en Portugal con ese nobilísimo desterrado, (*señalando al Sr. Obispo de Beja*) y con otros Prelados, gloria del episcopado portugués. (*Se repite la ovación: y el entusiasmo de los oyentes es tan grande que todos los párrafos del discurso hasta el final son calurosamente aplaudidos.*)

Ved por aquí, señores, cuán urgente es la necesidad

que tenemos de acabar con esa infame prensa, porque si no la reducimos á la impotencia, ella nos reducirá á nosotros. De esta necesidad se van dando ya cuenta los católicos, á Dios gracias; y esas *Ligas de Defensa del Clero*, que por todas partes se van organizando son una prueba evidente de que no se pueden tolerar por más tiempo las injurias, las infamias y calumnias que la prensa anticlerical lanza contra el sacerdocio católico. Y en tanto que esas *Ligas* no pueden llevar á los calumniadores al banquillo de los criminales, combatamos nosotros á esta enemiga mortal del clero por todos los medios lícitos que podamos, desenmascarando sus embustes, patentizando sus calumnias, demostrando su vileza, haciéndola aborrecible y restándole subscripciones para que muera por consunción. Esta debe ser la tarea incesante de todos los católicos, en particular la del clero; porque, si no acabamos con la prensa clerófoba, ella acabará con nosotros. Y aquí, señores, me váis á permitir antes de terminar, un recuerdo histórico que sirva de ejemplo y comprobación á lo que voy diciendo. (*Se redobra la atención.*)

Delenda est Carthago

Cuando Roma y Cartago vivían en perpétua guerra, un ilustre romano, el severísimo Catón, persuadido de que, si Roma no terminaba con el poderío de Cartago, Cartago acabaría con el poderío de su patria, siempre que hablaba en el senado, fuera ó no fuera pertinente el caso, terminaba su discurso con esta acerada y patriótica frase: Además, Cartago debe ser destruida! *De cætero delenda est Carthago!* Pues esta, señores, esta y no otra debe ser

la consigna de todos los católicos, este el santo y seña de cuantos aborrecen á la *prensa mala* y trabajan por la difusión de la buena! En todas partes, á todas horas, en todos los tonos, venga ó no venga á pelo, conviene repetir con frecuencia ese grito de guerra. Debemos acabar con la prensa anticlerical! *De cætero delenda est ipsa clerófoba Carthago!* ¡Ella es nuestra enemiga! ¡Con ella hay que luchar! ¡Debemos destruirla! ¡Es preciso acabar con ella! *¡Delenda est!* (*Aplausos repetidos.*)

Recapitulación y peroración

Y termino, señores, resumiendo en pocas palabras el asunto de este pobre discurso. Estamos en días de tremendas luchas, y el núcleo principal del ejército enemigo lo constituye la *mala prensa*, que hemos dividido en cuatro clases: 1.^a la sectaria y blasfema: 2.^a la pornográfica é inmoral: 3.^a la liberal y vividora: 4.^a la clerófoba ó anticlerical. A la primera declaramos la guerra en nombre de Dios, á quien ella ultraja; á la segunda queremos barrerla y quitarla de en medio, para que no acabe de corromper á la sociedad con sus miasmas deletéreos; á la tercera la combatimos á sangre y fuego por lo que ha envilecido á nuestra patria querida; y á la cuarta debemos exterminarla, para que ella no extermine al clero católico. *Delenda est!* La mejor manera de acabar con la *mala prensa* sería extirparla de raíz, suprimiendo en absoluto la estúpida libertad del error, del vicio y de la maldad; pero ya que no podemos esto, ya que no es posible hoy destruirla en su causa, destruyamos sus efectos, luchando con ella hasta vencer ó morir!

Animo, pues, queridos seminaristas! Animo y á pelear las batallas del Señor como buenos soldados de Cristo! (1) No os digo de qué manera debéis hacerlo, porque en estas lides sois ya veteranos aguerridos, os sabéis de memoria el plan de campaña y lo ponéis en práctica con tal disciplina y tal valor, que casi contáis los triunfos por las batallas que dáis á la *mala prensa*. Por eso termino mi alocución, como la empecé, pidiendo las bendiciones de Dios sobre vosotros y sobre todos los seminaristas españoles, paladines esforzados de la *Buena Prensa* que con vuestra activa propaganda váis sembrando el temor y la zozobra en las huestes enemigas. ¡Guerrilleros valientes! la España católica tiene fijos sus ojos en vosotros, y espera que le ayudéis á borrar del suelo hispano la *mala prensa*, causa de nuestra decadencia y de nuestra ruina. ¡Fuego, pues, á la prensa sectaria y librepensadora, que blasfema de Dios! ¡Al fuego la prensa pornográfica corruptora de las buenas costumbres y afrenta de la moral! ¡Abajo la prensa liberal, vividora y neutra que tiene por Dios el lucro, y lo mismo alaba al vicio que á la virtud! ¡Fuera la prensa anticlerical quinta esencia de la barbarie, que á fuerza de calumnias, incendios y matanzas quiere acabar con la Iglesia de Jesucristo! Y por razones diametralmente opuestas, protegéd á la *Buena Prensa* vivificadora del espíritu cristiano! Sí! difundid, propagad, favoreced á la prensa religiosa, á la moralizadora, á la antiliberal, á toda la prensa genuinamente católica! (*Una parte del auditorio puesta de pié aplaude con entusiasmo.*)

(1) Tim. 2, 3.

Aullidos de la fiera

¡Combatid con bríos y sin temor á la prensa enemiga de Dios! Es cierto que, al verse combatida por vosotros, aullará esa fiera apocalíptica con espantosos aullidos y procurará clavaros sus garras ó escupir contra vosotros la baba de la calumnia; pero no la temáis! porque hoy la mayor gloria que puede tener un Obispo ó un sacerdote ejemplar, es verse combatido y ultrajado por la *mala prensa*. Sus ultrajes y calumnias forman la corona más esplendorosa que se puede poner sobre la frente de un ministro de Jesucristo. No la temáis, por más que se revuelva furiosa y pretenda asustaros con sus bramidos! ¿Sabéis por qué brama? ¿Sabéis por qué ruje? Ruje porque os vé marchar al combate y presiente su derrota! Brama, porque sabe que los tiros del clero y los golpes del báculo episcopal le producen heridas de muerte! Ruje y brama, porque sabe que no podrá vivir en España el día en que el clero español compacto y unido, como ejército disciplinado, le presente batalla y lance contra ella este grito de combate: ¡Abajo la *mala prensa*! ¡Muera la prensa enemiga de Dios!

(Una ovación delirante acoge las últimas palabras del orador que baja de la tribuna y es abrazado por los que están al pié de la misma. Al llegar al estrado el Sr. Arzobispo le tiende los brazos con efusión y lo mismo hace el Sr. Obispo de Beja y los señores canónigos que los acompañaban en la presidencia.)

